

B1C04 — El Veredicto Alzado

La quietud final se posó sobre él, un peso tan real como su armadura. En la arboleda silenciosa, la visión de la forja del Herrero Risueño ya no albergaba terror alguno. Repasó el recuerdo no con el horror de un hombre que presencia una blasfemia, sino con la sombría aceptación de un soldado que estudia el mapa de un territorio enemigo. La extinción de una supernova, el martillo de la gravedad, la risa amorosa... ahora eran simplemente hechos, el terreno de la elección que ya había tomado.

Un silencio absoluto y pesado lo oprimía, un silencio que parecía más antiguo que el sonido. La inmutable y plateada luz sin sombras de la arboleda relucía en sus guanteletes, fría y nítida. El aire, fresco y penetrante con el aroma del ozono y la piedra húmeda, llenó sus pulmones en una última y deliberada bocanada. Recorrió con la mirada la veta de la corteza del gran fresno, una última conexión con un mundo de seres vivos.

Entonces, exhaló, y con ese aliento, liberó la última de sus viejas tensiones. Relajó conscientemente los hombros, un acto final de rendición. Había una profunda calma en ello, la paz de un hombre que ya ha aceptado su propia muerte. La pregunta ya no era *si*, sino *cómo*.

Miró su mano desnuda, la que había mantenido alejada de la empuñadura. Pensó en todos los juramentos que esa mano había pronunciado, las órdenes que había dado, las vidas que había segado al servicio de una causa que ahora comprendía que era una fracción de una verdad mayor. Vio esos actos como si pertenecieran a otra persona, un preludio interpretado por un hombre diferente, todo conduciendo a este deber final.

La luz de la espada, aún anidada en el duramen del fresno, pulsaba suavemente, un latido constante y silencioso en el aire expectante. Volteó la mano, estudiando las líneas de su palma como si fueran el mapa de un extraño. Flexionó los dedos, un movimiento mecánico y desapasionado. Dejó de ver la mano como suya, redefiniéndola como un instrumento, una herramienta forjada para un propósito que empequeñecía su identidad. Su propio ritmo cardíaco era constante, de una forma antinatural. ¿Cómo se sentiría esta mano cuando ya no fuera suya?

Extendió el brazo. Las advertencias de Gabriel destellaron en su mente una última vez, pero se sentían tenues, como ecos de una vida lejana, palabras pronunciadas en un idioma que ya no entendía. No tenían poder aquí. No hubo vacilación.

En el instante en que sus dedos tocaron la empuñadura, el suave pulso de luz de la hoja cesó. La temperatura del aire descendió un grado notable, un frío súbito y nítido que no tenía nada que ver con el clima. Sus dedos se cerraron sobre la

empuñadura lenta, deliberadamente. Sus nudillos se pusieron blancos, su agarre firme, absoluto.

El contacto le envió una sacudida, no de energía, sino de *presencia*. No fue como tocar un objeto, sino como estrechar la mano de una estrella, una presencia tan vasta y completa que no tenía necesidad de calidez ni de bienvenida. Simplemente era. ¿Es esto poder, se preguntó, o es posesión?

Sintió la conciencia de la arboleda sobre él, una sensación de testimonio antiguo y afligido. Las hojas plateadas, que habían brillado con una luz interna y constante, comenzaron a parpadear como mil velas moribundas. El profundo silencio, antes pacífico, ahora era tenso, como si contuviera un grito. La arboleda sabía lo que estaba a punto de suceder. Estaba de luto por adelantado.

Su mirada permaneció fija en la espada, ahora un punto de enfoque absoluto en el mundo parpadeante. Su respiración era uniforme, controlada, pero sus alas emitieron un único e involuntario susurro, las plumas rozándose entre sí en la súbita tensión. Una inmensa presión se acumuló a su alrededor, como si el aire mismo, el tejido mismo de este lugar atemporal, se resistiera al acto. Sintió una punzada de algo parecido al remordimiento, una pena por la paz que estaba a punto de quebrar, pero fue silenciada al instante por el frío propósito que ahora lo poseía. ¿Qué llora este lugar?

Tiró.

Sus músculos se tensaron, su fuerza angelical vertida en el acto. La hoja no se deslizó fácilmente de la madera. Se sentía arraigada, parte del árbol, como si intentara arrancar una rama de un cuerpo vivo. Un sonido bajo y quejumbroso emanó del gran fresno, el sonido de madera ancestral partiéndose bajo una tensión inmensa. El olor a ozono se agudizó, mordiéndole la garganta. Se concentró en un único pensamiento, un mantra contra la creciente incorrección del momento: *Por la victoria. Por el fin de todo esto*. La resistencia del árbol se sintió personal, una súplica final y sin palabras. ¿Está salvando el mundo o quebrantándolo?

Centímetro a centímetro agónico, la hoja se liberó. Luz, pura y absoluta, comenzó a derramarse desde la brecha que se ensanchaba.

Entonces, con un último y desgarrador quejido del fresno, la hoja se separó de la madera. Liberó una ola de luz blanca, pura y silenciosa. No iluminaba; sobrescribía. La arboleda fue momentáneamente blanqueada de todo color, las parpadeantes hojas plateadas y la oscura corteza de los árboles reducidas a tonos de un blanco austero y plano.

Su mente se quedó completamente en blanco. El mantra, los recuerdos de Gabriel, su propio nombre... todo fue purgado por la presencia pura y sin adulterar de la

hoja. Tenía los ojos muy abiertos, sin parpadear, las pupilas dilatadas para recibir la totalidad de la luz. Su brazo, sosteniendo la espada, estaba perfectamente firme, una extensión del arma misma. No sintió asombro, ni miedo, solo un profundo y total vacío, un estado de pura recepción. ¿Qué es esta nada que se siente tan completa?

La luz blanca de la hoja pareció licuarse, fluyendo por el metal hasta su mano. Se absorbió en su piel sin calor ni dolor, una marea fría e invasiva. El aire se enfrió aún más. Sintió su propia esencia, sus recuerdos de hermandad, sus eones de servicio, siendo tocados por la luz. No fueron borrados, sino catalogados, evaluados y luego archivados, considerados secundarios a la función principal de la espada.

Su respiración se entrecortó. Un temblor recorrió su cuerpo, no de debilidad, sino de transformación, de una estructura siendo rehecha a la fuerza. Su agarre en la empuñadura ya no era una elección; era una fusión, el metal y su carne volviéndose uno. La luz se movió por sus venas como una segunda alma, cartografiando su existencia con una intimidad aterradora. ¿Está siendo sanado o conquistado?

Sintió el momento preciso en que la luz alcanzó el vacío en su pecho, el dolor hueco que lo había impulsado a través de los yermos de Serephis. No hubo sensación de alivio, ni la sensación de una herida siendo sanada. Solo existió la nítida y mecánica finalidad de una cerradura girando, una última puerta cerrándose. La parte de él que había anhelado la plenitud, el mismo dolor que lo definía, ahora se había ido, sellado para siempre.

La luz en la arboleda se estabilizó a un nuevo nivel, más bajo, un brillo frío y estéril. El quejido del gran fresno cesó, reemplazado por una profunda quietud mortal. Inclino la cabeza ligeramente hacia atrás, cerrando los ojos mientras lo último de su antiguo yo era archivado. Una única gota de luz pura, similar a una lágrima, trazó un camino por su mejilla antes de evaporarse en el aire gélido.

El vacío corrosivo había desaparecido, reemplazado por una certeza fría y perfecta. La sensación era de una paz profunda y un horror profundo. ¿En qué se ha convertido?

Abrió los ojos. Parecían más fríos, más distantes, ventanas a una habitación silenciosa y vacía. Miró alrededor de la arboleda y observó su decadencia con el interés desapegado de un erudito. La parte de él que podría haberse preocupado, que podría haber sentido pena o culpa, había sido sellada.

Las hojas plateadas de los árboles, extinguida su luz interior, se tornaron de un gris quebradizo y sin vida. Empezaron a caer, no flotando en el viento, sino cayendo en picado, una lluvia silenciosa y cenicienta. Por primera vez desde que

había llegado, sombras largas y austeras se extendieron por el suelo, proyectadas por la luz de la espada.

Bajó la espada, cuya hoja era ahora la única fuente de brillo en la arboleda moribunda. El lugar se sentía como una tumba, el aire enrarecido y vacío. Una magia grande y antigua se había gastado, consumida para alimentar su transformación. ¿Cuál era la vida que acababa de huir de este lugar?

Enderezó la espalda, el movimiento no del todo humano. Era demasiado preciso, demasiado económico, sin el más mínimo movimiento desperdiciado. Su postura era ahora la de una estatua, absoluta e inflexible. Evaluó su propio cuerpo con una claridad desapegada. Los dolores de su largo viaje, el cansancio que se había asentado en lo profundo de su alma... todo había desaparecido. Se sentía como un instrumento perfectamente calibrado, esperando ser utilizado.

Un viento débil comenzó a agitarse en la ahora estéril arboleda, levantando las hojas grises caídas. Era un viento normal, mortal, desprovisto de la magia anterior de la arboleda. No sentía fatiga, ni emoción, solo una vasta y fría disposición. ¿Es esto fuerza, o solo la ausencia de debilidad?

Buscó dentro de sí mismo al Miguel que había amado a Gabriel, que había temido el fracaso, que había esperado la paz. No encontró nada. Había recuerdos, archivados e indexados, pero las emociones ligadas a ellos se habían ido. En su lugar solo estaba el propósito de la espada, una única, clara y fría nota de intención.

La luz de Solmire proyectaba su sombra, larga y nítida, contra el fresno muerto. El mundo ahora estaba crudamente definido por la luz y la oscuridad, sin matices de gris. Alzó la hoja y miró su reflejo en su pulida superficie. El rostro era el suyo, pero los ojos eran ajenos. No contenían historia, solo un veredicto futuro. Era una vasija, perfectamente llena y perfectamente vacía. ¿Quién mira a través de sus ojos?

La espada ya no se sentía como un arma para ser empuñada; se sentía como una parte de su brazo, una extensión de su voluntad. O más bien, su voluntad era ahora una extensión del propósito de la espada. Finalmente entendió la visión del Herrero Risueño. La espada no era para la justicia, ni para la piedad, ni siquiera para la victoria. Era para la *conclusión*. Era un punto final hecho forma, y él era su agente.

El aire continuó enfriándose. Las últimas hojas plateadas en el suelo se deshicieron en polvo, agitadas por el viento solitario. La arboleda era ahora solo un círculo de árboles muertos y esqueléticos. Hizo unos cuantos cortes lentos, de prueba, en el aire. Los movimientos eran increíblemente fluidos, perfectamente equilibrados, como si hubiera entrenado con esta hoja durante milenios. Un

sentimiento de propósito sombrío e inquebrantable se apoderó de él. ¿Dónde termina Miguel y dónde empieza Solmire?

Registró una nueva sensación. No era un sonido que se pudiera oír, sino una vibración que se podía sentir, un zumbido bajo y subsónico que resonaba a través de las suelas de sus botas y subía por los huesos de su cráneo. Se originaba fuera de la arboleda, una consecuencia del veredicto que acababa de alzar. Lo registró no como una amenaza, sino como un efecto del cual él era la causa. Era lógico. Era correcto.

Ladeó la cabeza ligeramente, su expresión inalterada, analizando el nuevo estímulo con una curiosidad desapegada. El zumbido era vasto, como si una máquina silenciosa del tamaño de un mundo acabara de ser encendida. ¿Qué ha despertado?

El zumbido informe se agudizó, adquiriendo una cualidad clara y rítmica. Era como una campana colosal y silenciosa siendo golpeada una vez cada pocos segundos. El suelo mismo parecía pulsar con ella, las hojas muertas temblando con cada latido silencioso. Reconoció el ritmo. Era el mismo pulso constante y absoluto que una vez había emanado del corazón de la espada. Era la voz de la espada, ahora hablándole al universo.

Permaneció perfectamente inmóvil, un conducto en el centro del creciente fenómeno. Sus ojos estaban desenfocados, mirando más allá de la arboleda, más allá del horizonte. Era el epicentro de un gran evento, el pulso su propio nuevo latido, proyectado hacia el tejido de la creación. ¿Quién está escuchando?

Podía sentir el pulso moviéndose más allá de la arboleda, más allá de las desoladas llanuras de Serephis, una palabra silenciosa pronunciada en el vacío. Sabía, con la misma certeza fría que ahora lo definía, que recibiría una respuesta.

La vibración rítmica en el suelo disminuyó a medida que la energía se movía hacia afuera, una onda expandiéndose a través de la realidad. Un profundo silencio regresó a la arboleda, pero ahora era un silencio vacío y muerto, el silencio de un vacío. Bajó la mirada del horizonte, su enfoque volviendo al camino ante él. El momento de la creación había terminado. El tiempo para la acción había comenzado.

Pensó en la guerra, en el Infierno, en su deber. Los conceptos eran ahora ecuaciones simples y claras por resolver. Ya no había duda, ni dolor, solo el problema y la solución que sostenía en su mano. La transformación estaba completa.

Los primeros rayos del sol áspero e implacable de Serephis atravesaron el dosel muerto de la arboleda, proyectando una sombra larga y nítida detrás de él. El mundo ya no carecía de sombras. Le dio la espalda al fresno muerto y comenzó a

salir de la arboleda. Su paso no era cansado, sino medido, inexorable y perfectamente recto. La pregunta persistente no era para él, sino para la creación: ¿Cómo sobrevivirá al veredicto que está a punto de dictar?